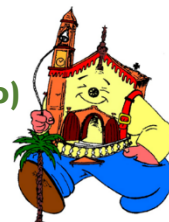




Parroquia Sagrado Corazón de Jesús (san Diego)
Cartagena
RECURSOS LITÚRGICOS



Segundo domingo de cuaresma.

Ciclo A

1ª Lectura

Lectura del libro del Génesis (12,1-4a)

En aquellos días, el Señor dijo a Abrán: "Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre, y será una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo." Abrán marchó, como le había dicho el señor.

Palabra de Dios

Salmo responsorial (32)

Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti

**Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti**

La palabra del Señor es sincera, y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho, y su misericordia llena la tierra. **R.**

Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,
en los que esperan en su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre. **R.**

Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo.
Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. **R.**

2ª Lectura

Lectura de la segunda carta a Timoteo (1,8b-10)

Querido hermano: Toma parte en los duros trabajos del Evangelio, según la fuerza de Dios. Él nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestros méritos, sino porque, desde tiempo inmemorial, Dios dispuso darnos su gracia, por medio de Jesucristo; y ahora, esa gracia se ha manifestado al aparecer nuestro Salvador Jesucristo, que destruyó la muerte y sacó a la luz la vida inmortal, por medio del Evangelio.

Palabra de Dios

EVANGELIO Mateo 17,1-9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: "Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías." Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: "Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo." Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: "Levantaos, no temáis."

Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: "No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos."

MONICIONES Y ACCIÓN DE GRACIAS.

Monición de entrada

Queridos hermanos: hay momentos en la vida en los que nos sentimos muy felices. Sentirse bien con la familia o los amigos es una maravilla, aunque sabemos que dónde está realmente nuestra felicidad es en el cielo. Por eso, mientras caminamos hacia el cielo, hemos de bajar muchas veces de las nubes para asumir la realidad. Que esta Eucaristía nos ayude a estar cada vez más cerca de Dios y de los hermanos.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios nos invita hoy a estar “en salida”. No nos podemos pasar la vida buscando seguridades, porque en este mundo y en esta vida no hay nada que nos dé la seguridad completa. Escuchemos cómo la Palabra de Dios nos pide ser valientes y caminar creyendo en el Señor, porque la vida es un camino que hay que recorrer siempre iluminados por la luz de la fe.

Acción de gracias.

*Sal de tu tierra, ponte en camino,
confía y no tengas miedo.
Deja que te abrace la niebla
y que tus ojos traspasen
el barro del que te hicieron,
para encontrar en tu piel
la huella del divino aliento.
Goza del instante eterno
para así nutrir tus sueños,
porque el camino es largo
y debes cabalgar de nuevo
a lomos de la terca rutina
que te hará posible abrir
sendas en tus desiertos.
No rehuyas los oasis,
pero no hagas casa en ellos,
porque el peregrino habita
a lo largo del sendero;
hace del camino hogar
y del gozo efímero alas
para volar más adentro
de los océanos inmensos
y de los profundos cielos.*

ORACIÓN DE LOS FIELES (preces)

1. Ayúdanos, Señor, a llevar en esta cuaresma una vida de oración, ayuno y limosna para ser cada día mejores cristianos. ROGUEMOS AL SEÑOR.
2. Haznos comprender que no todo en la vida es juego y diversión, sino también estudio y trabajo. Y danos la fuerza para poder realizar nuestras obligaciones con alegría. ROGUEMOS AL SEÑOR.
3. Ayúdanos a superar nuestros miedos con la gracia de tu amor. ROGUEMOS AL SEÑOR.
4. Vela, Señor, por nuestra iglesia, para que seamos buenos testigos de tu amor en nuestros ámbitos familiares y sociales. ROGUEMOS AL SEÑOR.
5. Por todos los catecúmenos, especialmente por los niños que se preparan para hacer la primera comunión. Para que cada día vayan conociendo más a Jesús y descubriendo su mensaje de amor. ROGUEMOS AL SEÑOR.

HOMILÍA

En la vida de todo creyente siempre hay unos momentos especiales; son pocos, pero fundamentales en la vida. En esos momentos, Dios se nos MANIFIESTA irrumpiendo en la cotidianidad de nuestros quehaceres para revelarnos su gloria. Las transfiguraciones, “teofanías” o “epifanías” de Dios, son momentos en los que su gloria se cuela entre las rendijas de este mundo para impactar de forma terrible y definitiva en nuestras almas.

Toda experiencia de transfiguración, como la misma palabra dice, supone un cambio de figura. No sólo es una experiencia interior o subjetiva, sino que viene acompañada de un cambio externo, visible y palpable. La realidad hasta ese momento conocida cambia de repente y nos obliga a cambiar con ella; todo cobra nuevo color; todo parece diferente; lo cotidiano se hace eterno por un momento, como si el muro de cemento opaco fuera capaz por un instante de convertirse en ventana que deja ver lo que hay tras él. Aunque tras el cambio todo vuelva a la “normalidad”, su efecto permanece en nosotros. Ya no podemos ser los mismos sin traicionarnos; ya nada será igual desde entonces.

La biblia refleja esta experiencia en muchos pasajes, tanto del antiguo como del nuevo testamento. (Ex 2,15; 29,43; 1Re 8,10-11; Heb 1,13; 1cor 2,8; 2cor 4,6... Evidentemente en el Nuevo Testamento esa manifestación o epifanía de Dios tiene nombre propio: Jesucristo. En cuanto Palabra encarnada, la gloria de Dios se refleja en Cristo de forma directa en la experiencia del Tabor como anticipo de la gloria que se abrirá paso definitivamente en la resurrección. Pero, al margen de Cristo, los que vivencian esa gloria de Dios que se transfigura en lo humano y mundano, son los creyentes. En las lecturas de este domingo tenemos dos modelos de experiencias con las que iluminar nuestra fe: la experiencia de Abraham y la de los apóstoles Pedro, Santiago y Juan.

A Abram Dios se le aparece con un imperativo que está a la base de toda experiencia de fe: “sal de tu tierra”, y con una llamada a la confianza “ve a la tierra que te mostraré”. Desde Abraham, el creyente vive su fe no como seguridad, sino como búsqueda y camino. Creer es caminar y caminar supone la renuncia de lo conocido, de lo seguro, de la vida cómoda en función de lo que está por venir, tras la cuesta, al cruzar el río o tras la siguiente esquina... Esta forma de creer sólo puede venir provocada por un cambio que no es únicamente simbólico, sino también existencial. Creer de esta forma cambia la vida, incluso la vida cotidiana.

Los apóstoles tienen una experiencia parecida en el monte Tabor. Dos de ellos, Juan y Pedro, hablarán directamente de esta experiencia en textos posteriores (Jn 1,14; 2Pe 1,16-18). Veamos algunos rasgos de esta experiencia transfiguradora:

- a) Ocurre en un contexto de oración. Ello significa que no basta con mirar; hay que contemplar para poder ver la gloria de Dios.
- b) Es una experiencia que incluye y se nutre de la fe de antaño, de la ley y los profetas. Es una experiencia nueva que plenifica lo anterior sin eliminarlo.
- c) Es una experiencia imposible de retener. De nada sirve pretender acaparar el misterio de Dios; nunca cabe en nuestros tenderetes, ideas o dogmas.
- d) Es una experiencia que nos infunde un inmenso temor, pero no un temor paralizante, sino un temor que es capaz de abrirse a la confianza. “Despertad. No temáis”, nos dice Jesús.
- e) Es una experiencia que pide bajar de la montaña y volver a la vida cotidiana; no hay que proclamarla hasta que se haga plena a través de la muerte y resurrección; pero sí hay que conservarla como anticipo y prenda de aquello a lo que estamos llamados.

Todos tenemos miedo a los cambios porque cambiar es algo que nos genera inseguridad; incluso algunos desórdenes psicológicos. Pero nada hay tan necesario para crecer espiritualmente como cambiar. Esa conversión es lo que busca Dios transfigurándose en este mundo ante nuestros ojos como si de una bofetada al corazón dormido se tratara, para que despertemos de la comodidad al camino de la verdad y la justicia. Es bueno que nos preguntemos, ¿Cuántos momentos así ha habido en mi vida? ¿Qué momentos han supuesto un giro crucial y fundamental en mi existir? Son momentos de los que a veces no somos conscientes hasta que han pasado. Son momentos que suelen preparar la cruz, una cruz que debe ser asumida sin resignación, con la esperanza de que el sacrificio y la muerte no tendrán la última palabra porque hemos saboreado la gloria que hay tras ella.

Nuestra religión trata de acaparar inútilmente estos momentos. Sin embargo, no se pueden enlatar ni programar, porque Dios es libre y nos quiere libres. Para ser libres hay que dejar seguridades y arriesgar. Con san Ireneo de Lyon hay que decir que, si “la gloria de Dios es que el hombre viva”, hemos de dar vida al hombre para que esa vida sea la mejor de las manifestaciones de la gloria de Dios.